

alma, al pie de cualquier árbol. Su desgracia no tenía consuelo, y era motivo para que envidiase á aquellos miserables. Con la cabeza baja regresaba á su casa, al paso corto de la yegua, desesperado por la influencia de aquellos ruidos de besos y suspiros que se oían en la oscuridad.



## III.

Los mineros se habían dado cita en el Llano de las Damas, en una vasta planicie abierta por la corta de maderas á la entrada del bosque de Vendome. Extendíase aquélla en suave pendiente, y estaba rodeada de árboles gigantescos, cuyos troncos, rectos y regulares, formaban todo alrededor una especie de columnata blanca; algunos árboles gigantescos yacían en tierra, mientras allá, á la izquierda, otros, aserrados ya, hallábanse cuidadosamente colocados, en disposición de que los cargaran para llevárselos. El frío se había hecho más intenso desde la hora del crepúsculo; los pedazos de corteza de árbol crujían bajo los piés. A flor de tierra estaba muy oscuro; pero las copas de los árboles se destacaban sobre el fondo azul del cielo, en donde la luna llena aparecería pronto.

Tres mil mineros próximamente habían acudido á la cita; formaban una abigarrada muchedumbre de hombres, mujeres y chiquillos, que invadía poco á poco la planicie; y el mar de cabezas se extendía hasta más allá de los árboles que aún no habían sido cortados. De la multitud salía un murmullo colosal, parecido al ruido de una tempestad lejana.

Allá, en lo alto de la pendiente, se hallaba Esteban, acompañado de Rasseneur y de Souveraine. Estaban disputando, y sus voces se oían al otro extremo de la planicie. Junto á ellos, algunos otros escuchaban la conversación: Maheu, con sombrío silencio; Levaque, apretando los puños, Pierron, volviéndose de espaldas y lamentando no haber podido pretextar por más tiempo una enfermedad que no existía; también estaban allí el tío *Buenamuerte* y Mouque, el padre, sentados el uno junto al otro en el tronco de un árbol, y profundamente reflexivos. Más allá veíanse los aficionados á echarlo todo á broma: Zacarías, el hijo de Mouque, y algunos otros, que habían ido sólo para divertirse; y á su lado, formando perfecto contraste con ellos por su actitud recogida, como si estuvieran en la iglesia, las mujeres, casi todas agrupadas. La mujer de Maheu, silenciosa como su marido, meneaba la cabeza al oír los sordos juramentos de Levaque. Filomena tosía mucho, porque su bronquitis crónica había empeorado desde que comenzara el invierno. Solamente la Mouquette reía con toda su alma, al ver el modo que tenía la *Quemada* de tratar á su

hija, á quien insultaba de mala manera, llamándola tunanta, porque se atracaba de conejo, mientras los demás se morían de hambre, y porque estaba vendida á los burgueses á causa de la cobardía de su marido. Y sobre el montón de maderos simétricamente colocados, de que hablamos antes, se había subido Juanillo, ayudando á Lidia para que hiciera otro tanto, y obligando á Braulio á que los siguiera.

La disputa nacía de que Rasseneur deseaba proceder en regla para que se eligiera una mesa y un presidente, según costumbre. Su derrota en la reunión de la *Alegría* le tenía furioso, y se había jurado á sí mismo buscar el desquite, esperando reconquistar su legítima influencia cuando no se viera entre delegados de la Internacional, sino frente á frente con sus amigos los mineros. Esteban consideraba estúpida la idea de elegir presidencia ni mesa en medio de aquel bosque. Debían usar procedimientos salvajes, puesto que se les acosaba como á lobos.

Viendo que la disputa se eternizaba, acudió á la multitud, y, subiéndose en el tronco de un árbol, gritó con voz fuerte:

—¡Compañeros! ¡Compañeros!

Los murmullos de aquella muchedumbre se ahogaron en un suspiro general, mientras Souveraine ponía silencio á las protestas de Rasseneur. Esteban seguía hablando con voz cada vez más enérgica:

—¡Compañeros, puesto que se nos prohíbe hablar, puesto que envían gendarmes para atacarnos como si fuésemos bandoleros, en este sitio tenemos que ponernos de acuerdo!

Una tempestad de gritos y de exclamaciones contestó á estas primeras palabras:

—Sí, sí, el bosque es nuestro, y tenemos derecho á hablar aquí cuanto queramos... ¡Habla!

Entonces Esteban permaneció un momento inmóvil en el tronco de un árbol. La luna, muy baja en el horizonte, no alumbraba más que las copas más altas, y la multitud, que poco á poco había ido quedando en silenciosa calma, continuaba envuelta en tinieblas. El, en lo oscuro también, se destacaba, sin embargo, allá en lo alto de la pendiente.

Levantó un brazo con lento ademán, y empezó su discurso; pero su voz no rugía ya: había tomado el tono frío de un simple mandatario del pueblo dando cuentas á éste de su gestión.

En una palabra: pronunciaba el discurso que había interrumpido el inspector de policía en la reunión del salón de la viuda Desir; y comenzaba haciendo rápidamente la historia de la huelga, afectando científica elocuencia: hechos, y nada más que hechos. Primeramente explicó que la huelga le repugnaba: los mineros no la habían querido; era la Compañía la que la había provocado con sus nuevas tarifas y sus exigencias injustas. Luego recordó el primer paso dado por los delegados en casa del director, la mala fe del Consejo de Administra-

ción, sus tardías confesiones cuando por segunda vez visitaron á Hennebeau, devolviéndoles los diez céntimos que habían tratado de robarles. Tal era la situación en aquel momento; explicó por partidas sueltas en lo que se había gastado el dinero que tenían en la Caja de Socorro; indicó el empleo dado á los socorros recibidos; excusó con afectuosas frases á la Internacional, á Pluchart y á los otros, porque realmente no podían hacer todo lo que deseaban, hallándose solicitados por mil cuidados diferentes, hijos de su tarea de conquistar al mundo entero. La situación, pues, iba empeorando de día en día; la Compañía echaba á la calle á muchos de ellos, amenazándoles con llevar obreros de Bélgica; además, intimidaba á los pusilánimes, y había conseguido que algunos obreros volvieran á las minas.

Todo esto lo decía con monótona voz, como si quisiera aumentar con el tono la importancia de aquellas desagradables noticias, añadiendo que había vencido el hambre, que la esperanza estaba muerta, que la lucha había llegado á su último extremo. Y bruscamente concluyó, sin mudar de tono:

—En estas circunstancias, compañeros, urge que adoptéis una resolución esta noche misma. ¿Queréis que la huelga continúe? Y en este caso, ¿qué pensáis hacer para vencer á la Compañía?

La contestación fué un silencio tan profundo, como si sólo hubiera hablado con el estrellado cielo. La muchedumbre, á la cual no se veía, continuaba

silenciosa en la oscuridad, ante aquellas palabras que la conmovían.

Pero Esteban continuó variando de tono. Ya no era el secretario de la Asociación el que estaba hablando: era el jefe de un movimiento popular, el tribuno, el apóstol que predicaba lo que él creía verdad. ¿Habría algunos cobardes que faltasen á su palabra? ¡Cómo! ¡Habrían pasado durante un mes, todo género de penalidades para volver á agachar la cabeza, y trabajar de nuevo como si tal cosa hubiera sucedido! ¿No era mejor morir de una vez, pero procurando antes sacudir aquella infame tiranía del capital, que mataba de hambre al trabajador? ¿No era estúpido someterse siempre cuando llegaba el momento del hambre, hasta que el hambre lanzaba otra vez á los más tranquilos á la sublevación?

Y hacía el retrato de los mineros explotados por la Compañía, soportando todos los desastres de las crisis; reducidos á no comer apenas porque las necesidades de la competencia producían baja en los precios. ¡No! La nueva tarifa no era aceptable, porque encerraba una economía disimulada, que consistía en robar á cada uno una hora de trabajo todos los días. Era demasiado; todos estaban hartos, y era llegado el momento de que los miserables, acosados hasta el último extremo, se hicieran justicia de una vez.

Esteban, al concluir, se quedó con los brazos levantados. La muchedumbre se estremeció ante

aquella palabra de justicia, y rompió en aplausos y en voces de:

—¡Justicia!... ¡Ya es tiempo!... ¡Justicia!

Poco á poco Esteban se entusiasmaba. No tenía la palabra fácil de Rasseneur. Á veces le faltaban frases, y tenía que esforzarse para decir lo que pensaba, ayudándose con un movimiento de hombros. Pero por ese mismo esfuerzo encontraba á menudo imágenes familiares de extraordinaria energía, con las cuales se apoderaba de su auditorio, mientras que sus actitudes de minero en el trabajo, sus codos recogidos para lanzar luego con fuerza los puños hacia adelante, ejercían también una influencia inmensa sobre sus compañeros. Todos lo decían: era pequeño, pero se hacía escuchar.

—Los jornales son una forma de la esclavitud —continuó con voz más fuerte.— La mina debe ser del minero, como el mar es del pescador, como la tierra es del labrador... ¡Oídlo bien! la mina os pertenece á todos vosotros, que, desde hace un siglo, la estáis comprando con vuestros sufrimientos, y á veces con vuestra vida.

Con la mayor frescura abordó las más árduas cuestiones de Derecho, de las leyes especiales de Minas, de las cuales no comprendía una palabra. El subsuelo, lo mismo que el suelo, debía pertenecer á la nación: era un privilegio odioso que el Estado concediera su explotación exclusiva á las Compañías, tanto más, cuanto que, con respecto á Montson, la pretendida legalidad de sus concesio-

nes se complicaba con los tratados hechos en otro tiempo con los terratenientes. El pueblo de los mineros no tenía, por lo tanto, más que reconquistar su bienestar; y, extendiendo los brazos, señalaba á toda la comarca que se adivinaba al otro lado del bosque. En aquel momento la luna, que iba subiendo en el horizonte, le bañó en su luz. Cuando la multitud, todavía entre tinieblas, le vió así iluminado por los pálidos rayos del astro de la noche, y en actitud de distribuir la fortuna y el bienestar entre todos, comenzó á aplaudir frenéticamente otra vez.

—¡Sí, sí, tiene razón! ¡Bravo, bravo!

Entonces Esteban abordó su cuestión predilecta, la atribución de los instrumentos de trabajo á la colectividad, como decía él con delicia y ahuecando la voz. En él la evolución era ya completa: arrancando de la conmovedora fraternidad de los catecúmenos, de la precisión de reformar los jornales, llegaba á la idea política de suprimirlos. Desde el día de la reunión en casa de la viuda Désir, su colectivismo, todavía humanitario y sin fórmula, se había acentuado con un difícil programa, del cual discutía científicamente cada uno de los artículos. En primer lugar, aseguraba que la libertad sólo podía ser obtenida por la destrucción del Estado. Luego, cuando el pueblo se apoderase del gobierno, empezarían las reformas: vuelta á la primitiva comunidad, sustitución por la familia igualitaria y libre de la familia moral y opresiva, abso-

luta igualdad civil, política y económica, garantida por la independencia individual, gracias á la posesión y al producto íntegro de los útiles del trabajo; y, finalmente, enseñanza profesional y gratuita, pagada por la colectividad. Aquello constituía una reforma completa, definitiva, de la sociedad, libertándola de su antigua podredumbre; combatía el matrimonio y el derecho de testar; reglamentaba la fortuna de cada cual; derrumbaba el monumento de los siglos pasados, siempre hablando con la misma entonación, con el mismo gesto, con el ademán propio del segador que siega las mieses maduras; y luego, con la otra mano, reconstruía, edificaba la humanidad del porvenir, edificio de verdad y de justicia, que se agrandaría en los albores del siglo xx. En aquel esfuerzo del cerebro vacilaba la razón, y no quedaba en él sino la idea fija del sectario. Los escrúpulos de su sensibilidad y de su buen sentido desaparecían, y consideraba facilísima la realización de sus ideales; todo lo tenía previsto, y hablaba de ello como de una máquina que podría montarse en dos horas.

—¡Ha llegado la nuestra!—gritó con un acento de entusiasmo final.—¡Ha llegado el momento de que tengamos en nuestras manos el poder y la riqueza!

La muchedumbre lanzaba frenéticos gritos de entusiasmo, que resonaron mucho más allá de los confines del bosque de Vendome. La luna alumbraba ya toda la planicie, y permitía ver el mar

inmenso de cabezas que, arrancando del tronco donde se había subido Esteban, se extendía agitado hasta el lindero del bosque con la carretera. Y allí, al aire libre, bajo la influencia de aquel frío glacial, un pueblo entero, hombres, mujeres y chiquillos, con las bocas abiertas, los ojos fosforescentes y el ademán airado, reclamaban con frenesí el bienestar y la fortuna que les correspondían. Ya nadie sentía el frío: las ardientes palabras del minero les abrasaban las entrañas. Una exaltación verdaderamente religiosa les elevaba de la tierra; era la fiebre de esperanza que agitó á los primeros cristianos de la Iglesia, cuando aguardaban el próximo advenimiento de la justicia. Muchas frases oscuras habían escapado á su comprensión, porque no entendían los razonamientos técnicos ni abstractos; pero esa misma oscuridad, ese mismo tecnicismo, ensanchaban el campo de las promesas y agrandaban las esperanzas. ¡Qué sueño! ¡Ser los amos, dejar de sufrir, disfrutar al cabo como los privilegiados de la fortuna!

—¡Eso es, vive Dios! ¡Llegó nuestro turno! ¡Mueran los explotadores!

Las mujeres, sobre todo, estaban muy exaltadas; la de Maheu abandonaba su calma habitual, acometida del vértigo del hambre; la de Levaque bramaba de furor; la vieja *Quemada*, fuera de sí, agitaba sus brazos; Filomena era presa de un golpe de tos, y la Mouquette, entusiasmada, echaba á voz en cuello expresivos piropos al orador, que era para

ella un ídolo. Entre los hombres, Maheu, conquistado al cabo, lanzaba gritos de furia, colocado entre Pierron, que se había echado á temblar, y Levaque, que hablaba sin detenerse; entre tanto, los aficionados á echarlo todo á barato, Zacarías, el hijo de Mouque y sus compañeros, trataban aún de bromear; pero, á su pesar, se sentían poseídos de los sentimientos dominantes en la generalidad, bien que confesando solamente su asombro de que Esteban pudiese hablar tanto sin echar un trago. Pero nadie armaba tanto estrépito como Juanillo, el cual excitaba á Braulio y á Lidia, y agitaba furiosamente la cesta donde gemía la pobre *Polonia*.

Las aclamaciones no cesaban; Esteban disfrutó largo rato los efectos de su popularidad. Aquel era su poder, que tenía como materializado dentro de aquellos tres mil pechos, cuyos corazones hacía latir á su antojo con una sola palabra. *Souveraine*, que continuaba á su lado, había aplaudido sus propias ideas á medida que las iba reconociendo, satisfecho de los progresos anárquicos de su amigo, y bastante contento con su programa, salvo el artículo sobre enseñanza obligatoria, que creía ser un resto de estúpido sentimentalismo, porque la santa y saludable ignorancia era el baño en que debía acabar de modificarse la humanidad. *Rassembleur*, por su parte, encolerizado y desdeñoso, se encogía de hombros.

—¿Me dejarás al cabo hablar?—gritó á Esteban. Este se bajó del tronco del árbol.

—Habla; veremos si te escuchan.

Ya Rassenieur, que había ocupado el mismo puesto, reclamaba el silencio con un gesto enérgico. El ruido no cesaba; su nombre corría de boca en boca, desde la de los que, hallándose más próximos, le habían conocido, hasta las últimas filas de mineros congregados en el bosque; y nadie quería escucharle: era un ídolo caído en desgracia, cuyos antiguos adoradores no querían ni verle. Su elocuencia y su fácil palabra se calificaban ahora de insulsas y propias para acabar de desanimar á los cobardes. En vano habló un momento entre aquella gritería infernal; quiso pronunciar el discurso conciliador que había pensado; hablar de la imposibilidad de alterar la faz del mundo con unas cuantas leyes; de la necesidad absoluta de dejar á la evolución social que realizase lentamente su tarea: burláronse de él, le silbaron, y su derrota pasada aumentó en aquel momento, y se hizo irremediable. Acabaron por tirarle puñados de tierra, y una mujer gritó:

—¡Abajo ese traidor!

El tabernero explicaba que la mina no podía ser del minero, como sucedía en otros oficios, y que era mucho mejor ver la manera de tener participación en sus beneficios, y de que el obrero se convirtiese en niño mimado de la casa dentro de las minas.

—¡Abajo ese traidor!—repetieron varias voces, mientras algunos empezaban á tirarle piedras.

Entonces cambió de color, y lágrimas de desesperación acudieron á sus ojos. Aquello era la ruina, el desmoronamiento de veinte años de ambicioso compañerismo, que se hundían á impulsos de la ingratitud popular. Bajóse del tronco del árbol con el corazón dolorido, y sin ánimos para seguir hablando.

—¿Te ríes, eh?—murmuró, dirigiéndose á Esteban, triunfador.—Bueno: no deseo sino que llegue á sucederte lo mismo.

Y como para eximirse de todo género de responsabilidades, en los desastres que consideraba inminentes, se alejó de allí, solo, por el desierto camino que conducía á *La Voreux*.

Continuaron las aclamaciones, y el auditorio quedó sorprendido al ver en pie sobre el tronco del árbol al tío *Buenamuerte*, que se preparaba á hablar en medio del tumulto. Hasta entonces él y su amigo *Monque* habían permanecido absortos, y, como siempre, profundamente reflexivos, pensando en cosas antiguas. Sin duda acababa de sentirse acometido de una de esas crisis que alguna que otra vez removían en él de tal modo sus recuerdos, que el pasado se desbordaba por su boca durante horas y horas.

En un momento reinó profundísimo silencio; todos querían oír á aquel anciano, que, á la pálida luz de la luna, parecía un espectro, y como empezó á decir cosas y á contar historias que no tenían relación inmediata con el debate, la curiosidad y

el interés crecieron considerablemente. Hablaba de su juventud, contaba la muerte de dos tíos suyos, aplastados por desprendimientos ocurridos en *La Voreux*, y luego la de la enfermedad del pecho que mató á su mujer. Pero todo eso no le había hecho abandonar su idea de que las cosas no iban bien, y tenía la franqueza de decirlo. Empezó á explicar que una vez se reunieron en aquel mismo sitio quinientos obreros, porque el Rey no quería disminuir las horas de trabajo; pero se detuvo, y comenzó á hablar de otra huelga: ¡había visto tantas! Todas se declaraban allí mismo, á la sombra de aquellos árboles: unas veces hacía frío, otras calor. En una ocasión llovió tanto, que fué necesario retirarse sin poder hablar. Y luego llegaban los soldados del Rey, y la cosa concluía á tiro limpio.

—Y, sin embargo, levantábamos la mano así, y jurábamos no volver más á las minas... ¡Ah! Yo lo he jurado; sí, lo he jurado muchas veces.

La muchedumbre escuchaba con gran interés, poseída de un marcado malestar, cuando Esteban, que seguía atento los incidentes todos de aquella escena, subió al tronco del árbol, y se colocó junto al anciano. Acababa de ver entre los de primera fila á Chaval. La idea de que Catalina debía estar allí, le había hecho estremecerse y sentir la necesidad imperiosa de hacerse aplaudir frenéticamente delante de ella.

—Compañeros, ya lo habéis oído; aquí tenéis á uno de nuestros camaradas más antiguos: mirad lo

que ha sufrido y lo que sufrirán nuestros hijos, si no acabamos de una vez con los ladrones y con los verdugos del pueblo.

Fué terrible; jamás había hablado con tal violencia, con tal ensañamiento. Con un brazo sujetaba al viejo *Buenamuerte*, agitándolo como si fuese una bandera de miseria y de duelo, cuya vista sola hiciera clamar venganza. Con frase rápida y enérgica se remontó hasta el primero de los Maheu; hizo la pintura de toda aquella familia gastada en la mina, explotada por la Compañía, y más muerta de hambre ahora, después de cien años de trabajo, que el primer día; y para formar el contraste, describía las familias de los Consejeros de Administración, de los accionistas cubiertos de dinero, como si uno hubiese nacido para mantener á tales haraganes, como se puede mantener una querida, rompiéndose el alma para que élla no haga nada. ¿No era horrible ver á todo un pueblo que, de generación en generación, perdía la vida y la salud en el fondo de una mina, por dar de comer á los ministros, para que otras familias, de generación en generación también, disfrutasen de todas las delicias de la buena vida? Había estudiado las enfermedades del minero, y las explicaba una á una con pormenores verdaderamente terribles: la anemia, las escrófulas, la bronquitis crónica, el asma que ahoga, los reumatismos que paralizan.

Aquellos pobres, criaturas miserables, se veían echados á las máquinas como si fueran combusti-



ble, encerrados, como animales en sus establos, en los barrios que la Compañía edificaba para ellos, y los propietarios los iban absorbiendo poco á poco, reglamentando la esclavitud, y todo hacía temer que pronto, si no atajaban el mal, se apoderarían de todos los trabajadores de la mina, de millones de brazos, para que hiciesen la fortuna de unos cuantos miles de haraganes despreciables. Pero afortunadamente el minero no era ya aquel ignorante de otras épocas, aquel bruto enterrado en las entrañas de la tierra, sino que todos los mineros formaban un poderoso ejército; brotado de las profundidades de la mina, capaz de conquistar sus derechos.

Entonces se vería si, después de cuarenta años de servicios incesantes, se atrevían á ofrecer una pensión de ciento cincuenta francos á un pobre sexagenario, que escupía carbón y tenía las piernas hinchadas á causa de la humedad absorbida en la mina. ¡Sí! El trabajo pedía cuentas al capital, á ese dios impersonal, desconocido del obrero, acurrucado en alguna parte, en el misterio de su tabernáculo, desde el cual chupaba la sangre de los hambrientos que le hacían rico. ¡Se iría á buscarlo donde estuviese, se le vería á la roja llamarada de los incendios, y se ahogaría en sangre á aquel reptil inmundo, á aquel ídolo-monstruoso, ahito de carne humana!

Esteban calló, pero con el brazo extendido hacia el vacío, seguía señalando á aquel enemigo invis-

ble que él no sabía dónde se hallaba. Esta vez las aclamaciones de la muchedumbre fueron tan frenéticas, que los burgueses de Montson las oyeron, y miraron hacia Vendome llenos de inquietud, creyendo en un terremoto ó en una tempestad terrible que se acercaba rápidamente. Las aves nocturnas, asustadas, abandonaron el bosque revoloteando, y sin saber dónde posarse.

Esteban quiso concluir en aquel momento.

—Compañeros, ¿cuál es vuestra resolución?...

¿Votáis por la continuación de la huelga?

—¡Sí, sí!!—bramaron tres mil voces.

—¿Qué determinaciones tomáis?... Nuestra derrota es segura si hay traidores que vayan mañana á trabajar.

Las voces repitieron con su resoplido de tempestad:

—¡Muerte á los traidores!

—Eso es que decidís recordarles su deber y sus juramentos... Pues oid lo que podemos hacer: presentarnos en las minas, hacer comparecer á los traidores y demostrar á la Compañía que estamos todos de acuerdo y decididos á morir antes que á entregarnos.

—¡Eso es! ¡A las minas! ¡¡Á las minas!!

Desde que comenzó su discurso, Esteban buscaba con la vista á Catalina. Decididamente no estaba allí. Pero veía á Chaval, que hacía alarde de reírse de él, encogiéndose de hombros, devorado por la envidia, dispuesto á vender su alma al demonio por un poco de aquella popularidad.

—Y si hay espías entre nosotros, compañeros — continuó Esteban, — ¡que anden con cuidado, porque les conocemos!... Sí, veo por ahí mineros de Vendome que no han dejado de trabajar.

—¿Lo dices por mí?—preguntó Chaval con tono altanero.

—Por tí ó por otro... Pero puesto que te das por aludido, te diré que deberías comprender que los que comen, no tienen nada que hacer aquí entre los que se mueren de hambre. Tú estás trabajando en *Juan-Bart*...

Una voz chillona le interrumpió:

—¡Oh! Sí, trabaja... Tiene una mujer que trabaja por él.

Chaval, furioso, exclamó:

—¡Por vida de Dios! ¿Está, acaso, prohibido trabajar!

—Sí—gritó Esteban;—está prohibido, cuando los compañeros sufrén la miseria y el hambre por el bien general: es un egoísta y es un canalla el que en tales circunstancias se pone del lado de los propietarios. Si la huelga hubiera sido general, hace mucho tiempo que seríamos los amos... ¿Acaso en Vendome ha debido bajar ni un solo hombre á las minas cuando los de Montson están parados? El golpe de gracia sería que el trabajo se interrumpiera en toda la comarca, lo mismo en las minas del señor Deneulín que aquí... ¿Lo oyes? En *Juan-Bart* no hay más que traidores... Todos los de allí sois unos traidores.

Alrededor de Chaval la multitud empezaba á adoptar actitudes amenazadoras; algunos puños se levantaban, y varias voces se oían gritando: «¡Muera! ¡Muera!» Chaval, lleno de terror, estaba pálido hasta la lividez. Pero, en su afán de vencer á Esteban, le ocurrió una idea, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Oídme! ¡Id mañana á *Juan-Bart*, y veréis si trabajo!... Somos de los vuestros, y he venido aquí para decíroslo. Es menester apagar las máquinas, que los maquinistas se declaren en huelga. Si las bombas se detienen, ¡mejor! ¡El agua inundará las minas, y todo se irá al demonio!

A su vez recibió frenéticos aplausos, comparables con los que había oído Esteban. Unos oradores se fueron sucediendo á otros en el tronco del árbol gesticulando en medio del tumulto, y formulando proposiciones salvajes. Era la locura de la fe, la impaciencia de una secta religiosa, que, cansada de esperar el prometido milagro, se decidiera á provocarlo. Todas aquellas cabezas, calenturientas por efecto del hambre, lo veían todo de color rojo, y soñaban sangre y exterminio en medio de una gloria de apoteosis, de donde salía la dicha universal. Y la luna tranquila bañaba de luz aquella horda de salvajes, y el espeso y silencioso bosque parecía repetir aquellos gritos de venganza.

Hubo grandes empujones; la mujer de Maheu se halló sin saber cómo al lado de su marido, y uno y otro, olvidando su buen sentido de siempre,

trabajados por las terribles privaciones que venían sufriendo hacía meses, aprobaban con entusiasmo las palabras de Levaque, que á voz en cuello pedía la cabeza de los ingenieros. Pierron había desaparecido. Buenamuerte y Mouque hablaban á la vez, diciendo con ademán violento cosas que nadie oía. Por broma, Zacarías pidió la demolición de las iglesias, mientras el hijo de Mouque, que llevaba todavía en la mano el palo de jugar á la *toña*, golpeaba el suelo con él para armar más ruido. Las mujeres estaban furiosas, especialmente la de Levaque, que con los brazos en jarras reñía con su hija Filomena, á quien acusaba de estarse riendo de aquellas cosas tan serias; la Mouquette hablaba de correr á los gendarmes á puntapiés en la parte posterior, mientras la *Quemada*, que había dado una paliza á Lidia porque la encontró sin su cesta, seguía dando puñetazos al aire, dirigidos, según decía, contra todos los propietarios, á quienes deseaba tener entre sus uñas. Por un momento, Juanillo se había quedado turbado, porque Braulio acababa de saber que un aprendiz había dicho á la señora Rasseneur que ellos eran los que robaron la coneja *Polonia*; pero cuando se tranquilizó pensando que soltaría la coneja á la puerta de la taberna, empezó á gritar más que antes, y abrió la navaja nueva que tenía, haciendo brillar la hoja á la luz de la luna. La salvaje gritería continuaba incesantemente, mientras Souveraine, tranquilo, sonreía con calma en medio de aquel tumulto.

—¡Compañeros! ¡Compañeros!— repetía Esteban, ronco ya de gritar tanto, á fin de conseguir un poco de silencio para que pudieran entenderse. Por fin le escucharon.

—¡Compañeros! Mañana por la mañana, á *Juan-Bart*: ¿está convenido?

—¡Sí, sí, á *Juan-Bart*! ¡Mueran los traidores!

El huracán de aquellas tres mil voces rebasaba el bosque, y llegaba hasta el pueblo de Montson, llenando de espanto á sus pacíficos habitantes.

